

Recordando a Carlos Costanzo (re-conociendo su presencia)

Luis Sandoval

Participación en la mesa debate in memoriam de Carlos Costanzo, Juan Samaja y Ponciano Torales, I° Jornadas de Investigación en Ciencias Sociales, FHCS-UNPSJB, 28 de noviembre de 2007.

Dos ilustraciones para dar entrada a esta evocación. La primera es un personaje de José Pablo Feinmann, más puntualmente el protagonista de la novela *La astucia de la razón*. Este personaje es un filósofo hegeliano argentino, alter ego del mismo Feinmann, cuya posesión más preciada es un ejemplar de *La fenomenología del espíritu*. Como los libros de muchos de los que aquí estamos, éste tiene sus márgenes llenos de anotaciones: ideas, preguntas, referencias, conexiones... Al filósofo le parece en un momento que toda la filosofía poshegeliana, la suya especialmente, se encuentra “en los márgenes de Hegel”. Una bella idea, sin duda, de resonancias derrideanas.

La segunda ilustración es la constatación, más cotidiana, a veces complaciente, otras molesta, de que –a determinada edad- muchos empezamos a darnos cuenta de que nos vamos convirtiendo en nuestros padres.

Todo esto viene a cuenta de evocar la figura de Carlos Costanzo, sociólogo y maestro. Me resulta imposible evocar su figura desde un lugar aséptico, meramente académico, frío. No lo haré, me parecería además una descortesía hacia su memoria. Mi recuerdo, entonces, será eminentemente personal.

A fines de los ochenta yo era un joven auxiliar alumno en una materia llamada “Teorías y sistemas de la comunicación”. Yo formo parte de la primera cohorte de estudiantes de comunicación social: había cursado esa materia con un profesor que luego se dedicó – por suerte- a lo que parecía su especialidad: la producción audiovisual. Por algunas lecturas, por curiosidad, había decidido inscribirme como auxiliar en esa materia, que

pasó a ser dictada por una profesora viajera cuyas clases eran una enseñanza práctica del sentimiento de vergüenza ajena. Era complicado, para una universidad periférica de la segunda mitad de los ochenta, acceder a recursos humanos calificados, saliendo apenas de la noche oscura de la dictadura.

Es difícil explicar el impacto que Carlos tuvo en esta Facultad cuando llegó a ella, en 1989, año de resonancias catastrofistas, tanto en lo político como en lo económico. Su solidez conceptual, su profunda erudición, sus amplísimos intereses culturales, simplemente descollaban. Carlos se había formado en la UBA, primero en ciencias naturales y luego en sociología. Parte de una generación, él y Graciela, su compañera, fueron amenazados por la Triple A. Graciela estuvo detenida a disposición del PEN y fue liberada con la promesa que marcharan al exilio. Casualidad macabra de nuestra historia, salió de Argentina hacia Chile y desde allí a Perú, donde la esperaba Carlos, y atravesó la frontera el 24 de marzo de 1976. Si esto se hubiera postergado un par de semanas, muy posiblemente ambos hubieran pasado a engrosar las listas de desaparecidos de la dictadura genocida.

Carlos y Graciela se exilaron en México, junto a una gran comunidad argentina. Graciela, que es docente de nivel inicial y primario, encaró un proyecto muy especial: la apertura de una guardería para hijos de exilados (muchos de ellos con uno o ambos padres desaparecidos), Carlos se dedicó a la sociología de la educación y de la comunicación en la UNAM.

Extrañaban Argentina, y con el retorno de la democracia volvieron, en 1986. No estoy seguro de que el país los haya tratado bien. Carlos no entendía la lucha cruel que se daba en esos años por el posicionamiento académico, en unas ciencias sociales en franco proceso de profesionalización. Los ideales de los '70 ya no tenían demasiada cabida, y de lo que se trataba era de una lucha frontal entre los que se habían quedado, donde se mezclaban complicidades e historias de resistencia, y los que retornaban, pertrechados por el acceso a centros de conocimiento no pauperizados. Carlos no encajaba muy bien en esta especie de guerra fratricida. Se trasladó a General Roca, donde encontró un hogar en la Universidad de Comahue y en el Instituto de Formación Docente.

De allí vino, en carácter de profesor viajero, recomendado por Juan Carlos Bergonzi, a hacerse cargo de dos materias teóricas de la licenciatura en comunicación, y de sociología de la educación.

El Pelado era una persona visceral. No era muy adepto a la diplomacia, ni a las medias tintas. Sus clases eran brillantes, y sus alumnos y auxiliares lo escuchábamos deslumbrados. Yo pensaba que era por una cuestión de edad y de lecturas, atribuía la diferencia a los quince años que nos separaban. Ahora, que tengo la edad que él tenía cuando empezó a dar sus clases en Comodoro pero que no he alcanzado ni de lejos su sapiencia, capacidad argumentativa y poder de seducción intelectual, me doy cuenta – con algo de decepción, pero con renovada admiración- de que la edad podía ser, tal vez, apenas un factor entre otros.

Carlos introdujo entre nosotros a algunos autores que se volvieron –al menos para mí- cruciales: Michel Foucault, Erving Goffman, Anthony Giddens, Basil Bernstein, Raymond Williams, Pierre Bourdieu, Jerome Bruner. Tenía apetito y curiosidad permanentes, y sensibilidad profunda para los matices. Creo que yo heredé su afición por la diversidad teórica, aunque lo que en él era integración de lo heterogéneo de modo sistemático, en mi caso se traduce apenas en eclecticismo. También me contagió una preocupación especial por conectar las preocupaciones intelectuales y políticas. Nada más alejado de su concepción que la idea del intelectual de la torre de marfil.

Con ocasión de esta mesa volví a leer un trabajo de Carlos que publicamos en la primera edición de los Papeles de Nombre Falso, junto a un artículo de la antropóloga Delia Iruستا, profesora de esta Facultad ya fallecida y que también merece nuestro recuerdo y homenaje. En el artículo de Carlos están presentes algunas de sus intensas preocupaciones: la tensión entre cultura legitimada y saberes populares, entre el currículum escolar y la experiencia vital de las clases populares, entre la socialización audiovisual y las exigencias del sistema escolar, entre culturas gramaticalizadas y culturas textualizadas, entre orden y placer. En fin, los cruces entre cultura, poder y clase social, desde una mirada que se aleja tanto del miserabilismo que ve en cada rasgo de la cultura popular la reproducción sistémica, como del populismo ciego a las constricciones estructurales, una mirada donde se conjugan la preocupación, el alerta y la esperanza.

Otros integrantes de esta mesa discutirán el proceso de reforma de la Facultad de esos años, donde se enfrentaron las posiciones divergentes de Carlos y del profesor Ponciano Torales. Yo prefiero recordar de esa época las enseñanzas intelectuales, pero también de vida de Carlos: sus lecciones de cine y los platos de cocina francesa que preparaba en casa, como prolegómenos de las discusiones con Polo Parisí y Eduardo Bajo, metodólogo el primero, historiador el segundo, otros dos excelentes docentes viajeros que nos visitaban en esos años. Prefiero recordar también su hospitalidad y el regalo de su amistad. Un infarto a fines de 1995 impidió que continuara viajando a nuestra ciudad. Permaneció en Buenos Aires, siempre trabajando, indagando, reflexionando, hasta que otro infarto terminó con su vida, aunque no con su legado.

Me honra pensar que mi trabajo actual se da en los márgenes de su pensamiento y de su enseñanza. Me ilusiona creer que, poco a poco, me voy asimilando, desde mis limitaciones, a la enormidad de su modelo. Ejemplo de intelectual, de académico y de persona de bien. Pelado: te extrañamos.